

CAPITULO VII.

Scipion va á la Torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le da muchas noticias.

Tordesillas que entró en la sala interrumpió nuestra conversacion diciéndome: señor Gil Blas, acabo de hablar á un hombre que se ha presentado en la puerta de la prision. Me ha preguntado si estaba Vmd. preso, y habiéndole rehusado la respuesta, me ha dicho llorando: noble Alcaide, no desprecie Vmd. mi humilde súplica, dígame si el señor de Santillana está aquí. Soy su primer criado, y si me permite verle, en ello hace una caridad. En Segovia pasa Vmd. por un hidalgo humanísimo, espero que Vmd. no me rehuse la gracia de hablar un instante á mi amado amo, que es mas desgraciado que culpado. En fin, continuó Don Andres, este mozo me ha manifestado tanto deseo de hablar á Vmd. que le he prometido darle á la tarde esta satisfaccion.

Aseguré á Tordesillas que el único gusto que me podía dar era traerme aquel joven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia

el momento de ver á mi fiel Scipion, porque no dudaba que fuese él, y á la verdad no me engañaba. A la tarde se le hizo entrar en la Torre, y su alegría, que solamente podía igualar á la mia, rompió al verme con arrebatos extraordinarios. Yo con el gozo que sentí al verle, le eché los brazos, y él me apretó entre los suyos sin etiqueta. Tal fue el gusto que tuvieron en verse el amo y el secretario, que se confundieron con este abrazo.

Luego que nos separamos un poco, pregunté á Scipion en qué estado habia dexado mi casa. Ya no tiene Vmd. casa, me respondió, y para excusar á Vmd. el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas, voy á decir en dos palabras lo que se ha hecho de ella. Sus efectos han sido saqueados tanto por los ministros como por los criados de Vmd., los quales mirándole ya como un hombre enteramente perdido, á cuenta de sus salarios han tomado quanto han podido. La fortuna fue que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos sacos de doblones de á ocho que saqué del cofre y puse en seguridad. Salero, á quien he hecho depositario de ellos, los traerá quando salga Vmd. de la Torre, en donde no creo sea Vmd. pensionario de S. M. mucho tiempo, habiendo sido preso sin la intervencion del Duque de Melar.

Pregunté á Scipion de donde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia. ¡Ah! ciertamente, me respondió, de esto estoy muy instruí-

truido, pues uno de mis amigos, confidente del Duque de Duzae, me ha contado las circunstancias todas de su prision. Me ha dicho que el Baron de Roncal habiendo descubierto por medio de un criado que la señora Sirena baxo otro nombre recibia de noche al Príncipe, y que el Conde de Sumel dirigia esta intriga por medio del señor de Santillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su cortejo, para cuyo logro se dirigió secretamente al Duque de Duzae, y se lo descubrió todo. Este habiéndose alegrado de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo, no dexó de aprovecharla. Informó al Rey de lo que se le habia dicho, y le hizo presente con viveza los peligros á que el Príncipe se habia expuesto. Esta noticia habiendo excitado la cólera de S. M. hizo poner en la casa de las recogidas á Sirena, desterró al Conde de Sumel, y condenó á Gil Blas á una prision perpetua. Vea Vmd. aquí, prosiguió Scipion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya vé Vmd. que su desgracia es obra del Duque de Duzae, ó mas bien del Baron de Roncal.

Este discurso me hizo creer que con el tiempo podrian restablecerse mis negocios; que el Duque de Melar picado del destierro de su sobrino todo lo pondria en movimiento para hacerle venir á la Corte, y me lisonjeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consolé de la pér-

dida de mis efectos, y me puse tan alegre como si tuviera motivo de estarlo. Lejos de mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasía razonaba del modo siguiente. Los partidarios del primer Ministro son Don Fernando de Xabro, el Padre Gerónimo de Renciaflo, y sobre todo Fr. Luis de Agalia, quien le debe el lugar que ocupa cerca del Rey. Con el socorro de estos poderosos amigos S. E. destruirá á sus enemigos, ó por otra parte el Estado acaso mudará presto de semblante. S. M. está muy enfermo, y luego que muera, el Príncipe su hijo volverá á traer al Conde de Sumel, éste me sacará inmediatamente de aquí, me presentará al nuevo Monarca, quien para compensar las penas que he sufrido me llenará de beneficios. Lleno así de los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos sacos que mi secretario habia depositado en casa del platero, contribuyeron para mi pronto consuelo tanto como la esperanza.

El zelo é integridad de Scipion me habia agradado mucho, lo qual le testifiqué, ofreciéndole la mitad del dinero que habia preservado del pillage, y lo rehusó. Espero de Vmd., me dixo, otra señal de reconocimiento. Espantado tanto de su discurso como de que rehusára la oferta, le pregunté qué podia hacer por él. No nos

nos separémos, me respondió, sufra que una mi fortuna á la suya; jamas he tenido á ningun amo el amor que tengo á Vmd. Y yo, hijo, le dixé, puedo asegurar que te correspondo. Desde la hora que te ofreciste para servirme me agradaste: posible es que ambos hayamos nacido baxo los signos de Libra ó Geminis, que á lo que se dice, son las dos constelaciones que unen los hombres. Acepto gustoso la compañía que me propones, y para dar principio voy á suplicar al señor Alcaide te encierre conmigo. Será de mi gusto, exclamó; Vmd. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pidiese esta gracia, pues su compañía me es mas apreciable que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á oler en la Covachuela, y ver si ha habido en la Corte alguna mudanza que pueda ser á Vmd. favorable: de modo que en mí juntamente tendrá Vmd. confidente, correo y espía.

Eran muy considerables estas ventajas para privarme de ellas. Retuve, pues, conmigo un hombre tan útil con permiso del generoso Alcaide, que no me quiso rehusar un tan dulce consuelo.

CA-

CAPITULO VIII.

Del primer viage que hizo Scipion á Madrid, qual fue el motivo y el suceso; Gil Blas cae enfermo; resultas de su enfermedad.

Aunque comunmente decimos que no hay enemigos mayores que nuestros criados, no hay duda que quando son fieles y apasionados son nuestros mejores amigos. El zelo que Scipion habia manifestado por mí me hacia mirarle como á mi misma persona. Asi ya no hubo subordinacion entre Gil Blas y su secretario, ni mas etiqueta. No tuvieron mas que un quarto, una cama y una mesa.

La conversacion de Scipion era muy jocosa, y justamente se le podria haber llamado el hombre de buen humor. Ademas era hombre de juicio, y me hallaba bien con sus consejos. Un dia le dixé: amigo mio, me parece que no seria malo escribir al Duque de Melar; esto nõ puede producir mal efecto. ¿Qual es tu dictamen? Bien, respondió, pero los Grandes se mudan tanto de un momento á otro, que no sé como se recibiria vuestra carta. Soy de parecer que de todos modos se escriba, pero con

TOMO III.

LL

ma-

maña. Aunque el Ministro le estima, no se descuide por esta amistad de excitar su memoria. Esta suerte de protectores facilmente olvidan á aquellos de quienes no oyen hablar.

Aunque esto es muy cierto, le repliqué, yo juzgo mejor de mi patron. Su bondad me es conocida; estoy persuadido que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. Al parecer, para sacarme de la prision, espera que se apacigüe la cólera del Rey. Sea enhorabuena, respondió, yo me alegraré que el juicio que Vmd. hace de S. E. sea verdadero. Implóre Vmd. su socorro por una carta muy tierna: yo se la llevaré, y prometo dársela en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozo de eloquencia, que á Scipion pareció patética, y que Tordesillas hizo superior á las mismas Homilias del Arzobispo de Granada.

Me lisonjeaba yo de que el Duque de Melar se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que no estaba; con esta confianza hice partir mi correo, el qual apenas hubo llegado á Madrid, quando fue á casa del Ministro. Encontró uno de mis amigos ayuda de cámara, le facilitó ocasion de hablar al Duque; señor, dixo Scipion á S. E. presentándole el pliego que llevaba, uno de vuestros mas fieles criados, el qual duerme en un jergon en un obscuro calabozo de la torre de Segovia, suplica á V. E. muy humildemen-

te lea esta carta, que de lástima le ha facilitado medio de escribirla un guarda de la carcel. El Ministro la abrió y pasó por la vista; pero aunque viese en ella un retrato capaz de enternecer el alma mas dura, lejos de parecer movido, levantó la voz y dixo al correo delante de algunas personas que podian oirlo: amigo, diga Vmd. á Santillana que es mucha osadía atreverse á dirigirse á mí despues de la indigna accion que ha hecho, y por la qual es tan justamente castigado. Es un infeliz que no debe contar mas con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del Rey.

Scipion con todo su desahogo quedó turbado al oir este discurso; sin embargo, á pesar de su turbacion no dexó de querer interceder por mí. Señor, replicó, aquel pobre prisionero morirá de dolor quando sepa la respuesta de V. E. El Duque respondió á mi intercesor con mirarle de medio lado y volverle la espalda. Asi me trataba este Ministro para ocultar mas bien la parte que habia tenido en las diversiones nocturnas del Príncipe, y esto es lo que deben esperar todos los agentes de escalera abaxo, de quienes se sirven los Señores en sus secretas y peligrosas negociaciones.

Quando mi secretario volvió á Segovia, y me dixo el suceso de mi comision, caí de nuevo en el abismo de tristezas que me anegaron el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la proteccion del

Duque. Mi ánimo se abatió, y por mas que se me dixo para mi consuelo, todo fue inútil; sobrecogióme el pesar que insensiblemente me ocasionó una enfermedad aguda.

El señor Alcaide que se interesaba en mi salud, imaginándose que para conseguirla era lo mejor llamar los médicos, me traxo dos que tenian traza de ser zelosos servidores de la Diessa Libitina. Señor Gil Blas, me dixo al presentarlos, vea Vmd. aquí dos Hipócrates que vienen á verle, y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia á estos Doctores, que certisimamente los hubiera recibido muy mal si me hubiera quedado algun apego á la vida; pero me sentia tan cansado de ella, que agradecí á Tordesillas me quisiera poner en sus manos.

Señor caballero, me dixo uno de los Médicos, ante todas cosas es necesario que Vmd. tenga confianza en nosotros. La tengo muy cumplida, le respondi: con la asistencia de Vmds. estoy seguro de quedar curado de todos mis males. Sí, respondió, lo será Vmd. con la ayuda de Dios, á lo menos nosotros harémos lo que esté de nuestra parte para ello. En efecto, estos señores se portaron maravillosamente, pues que visiblemente me conducian al sepulcro. Don Andres desconfiado ya de mi curacion habia hecho venir un Religioso de San Francisco para que me ayudára á bien morir. El buen Padre despues de haber cumplido con este empleo

pleo se habia retirado; y yo creyéndome en mi última hora, hice señas á Scipion para que se acercára á mi cama. Amado amigo mio, le dixe con una voz casi extinguida, (tal era la debilidad que me habian ocasionado las medicinas y sangrías que me habian dado) de los sacos que hay en casa de Gabriel te dexo á tí el uno, y el otro te suplico lo llesves á las Asturias á mi padre y á mi madre, quienes si todavía viven estarán necesitados. Pero ¡ay de mí! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza quizá les habrá causado la muerte. Si el Cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el saco de doblones, suplicándoles me perdonen lo mal que los he tratado; y si se han muerto te encargo emplees el dinero en pedir al Cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano, que bañó en sus lágrimas sin poder responderme una palabra: tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que los llantos de un heredero no son siempre fingidos.

Esperaba, pues, pasar el trago, y no obstante me engañé. Habiéndome desahuciado mis Doctores, y dexado campo libre á la naturaleza, por este medio me salvaron. La calentura, que segun su pronóstico debia llevarme, quiso desmentirlos, y me dexó; poco á poco me res-

tablecí con la mayor felicidad; una perfecta tranquilidad de espíritu vino á ser fruto de mi mal. Ya entonces no necesité ser consolado, antes concebí todo el desprecio de las riquezas y honores que inspira la proximidad de la muerte, y volví á mí mismo bendecia mi desgracia. Daba gracias al Cielo como si me hubiese hecho un favor particular, y resolví firmemente no volver mas á la Corte aun quando el Duque de Melar me llamase; antes bien me propuse, si salía de la prision, comprar una casa de campo y vivir en ella como filósofo.

Mi confidente apoyó mi designio, y me dixo que para acelerar la execucion pensaba volver á Madrid á solicitar mi libertad. Se me ha prevenido una cosa, añadió; conozco un sugeto que podrá sernos útil, la criada favorita de la ama de leche del Príncipe, que es una muchacha de entendimiento; voy á hacer que interese á su ama, y á poner todos los medios que sean imaginables para sacar á Vmd. de esta torre, en donde aunque se le dé el mejor tratamiento siempre es prision. Dices bien, le respondí. Vé, amigo mio, sin perder tiempo á dar principio á esta negociacion. ¡Pluguiése al Cielo estuviéramos ya en nuestro retiro!

Scipion vuelve á Madrid; cómo y con qué condiciones puso á Gil Blas en libertad; á donde fueron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia, y la conversacion que tuvieron.

Salió, pues, Scipion para Madrid, y yo interin volvía, me dediqué á leer. Tordesillas me daba, mas libros de los que yo queria; dos tomaba prestados de un viejo Comendador que no sabia leer, pero que queriendo hacerse sabio tenia una buena biblioteca. Sobre todo me agradaban las obras de moral, porque encontraba en ellas á cada momento pasages que lisonjaban la aversion que tenia á la Corte, y el gusto que habia concebido á la soledad.

Pasaron tres semanas sin haber oido hablar de mi negociador, el qual volvió en fin, y me dixo muy alegre: por de pronto, señor de Santillana, traygo á Vmd. buenas nuevas. La señora ama se interesa por Vmd. Su criada, á súplicas mias y por cien doblones que la he ofrecido, ha tenido la bondad de hacerle pedir al Príncipe modere vuestro castigo, y este que

como otras veces he dicho á Vmd., nada la niega, ha ofrecido pedir al Rey, su padre, vuestra libertad. He venido con la mayor priesa á decíroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dexó y volvió á tomar el camino de la Corte.

No fue largo su tercer viage. A los ocho dias ví volver á mi hombre, quien me dixo que el Príncipe habia no sin trabajo obtenido del Rey mi libertad; la qual desde el mismo dia me fue confirmada por el señor Alcaide, quien me dixo abrazándome: mi amado Gil Blas, gracias al Cielo, Vmd. está libre; las puertas de esta prision le están abiertas; pero las condiciones, con las quales se concede á Vmd. esta libertad, quizá le darán mucha pena, y á mí el desagrado de verme en la obligacion de hacérsela saber. S. M. prohibe á Vmd. se presente en la Corte, y le ordena salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me sirve de mucha mortificacion que se le prohiba á Vmd. la Corte. Y yo estoy muy contento, le respondí: bien sabe Dios lo que pienso: solo esperaba del Rey una gracia, y me ha hecho dos.

Asegurado, pues, de que ya no era prisionero hice alquilar dos mulas, en las quales salimos el dia siguiente mi confidente y yo después de haberme despedido de Cogollos, y dado millares de gracias á Tordesillas de todas las demostraciones de amistad que habia recibido de él. Tomamos alegremente el camino de Madrid

pa-

para sacar del poder del señor Gabriel nuestros dos sacos, en cada uno de los quales habia quinientos doblones. Por el camino me decia mi asociado: si no tenemos dinero para comprar una tierra magnífica, á lo menos tenemos para una razonable. Yo seré feliz, le respondí, aun quando no tengamos mas que una cabaña. Habiendo apenas llegado á la mitad de mi carrera estoy tan desengañado, que solo quiero vivir para mí. Ademas de esto te digo que me he formado de los gustos de la vida campestre una idea que me hechiza y me hace gozarlos con anticipacion. Paréceme ya que veo el esmalte de los prados, que oigo el canto de los ruiseñores y el murmullo de los arroyos; que en tanto me divierto con la caza, y en tanto con la pesca. Imaginate, amigo mio, los diferentes placeres que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En orden al mantenimiento, el mas simple será el mejor; un pedazo de pan nos satisfará quando tengamos mucha hambre, lo comeremos con un apetito que nos hará juzgarlo excelente. El deleyte no consiste en los alimentos exquisitos, sino en nosotros; esto es tan cierto como que mis comidas mas deliciosas no son aquellas en que veo reynar la delicadeza y la abundancia; la frugalidad es un origen de delicias maravillosas para la salud.

Con el permiso de Vmd., señor Gil Blas, me interpongo mi secretario, yo no soy en-

MO III.

MM

te-

teramente de su dictámen sobre la pretendida frugalidad con que Vmd. quiere obsequiarme. ¿Por qué mantenernos como los Diógenes? Aun quando comamos bien no debemos temer enfermar. Créame Vmd. pues que tenemos, gracias á Dios, con que hacer agradable nuestro retiro, no lo hagamos habitacion de la hambre y la pobreza. Luego que tengamos una buena hacienda es preciso proveerla de buenos vinos y de todas las provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dexan el comercio de los hombres por renunciar las comodidades de la vida, antes bien gozarlas con mas tranquilidad. Lo que cada uno tiene en su casa, dice Hesiodo, no daña; en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale mas, añadió, poseer uno las cosas necesarias que desearlas.

¿Qué diablos es esto, señor Scipion, interrumpí, Vmd. conoce los Poetas Griegos! Ola, ¿en donde ha conocido Vmd. á Hesiodo? En casa de un sabio, me respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador; en un abrir y cerrar de ojos le haria á Vmd. un grueso volúmen; lo componia de pasages Hebreos, Griegos y Latinos que sacaba de los libros de su biblioteca y traducia en Castellano. Como era su copista he retenido no se quantas sentencias todas tan dignas de observarse como la que acabo de citar. Siendo así, le repliqué, tu memoria está bien adornada. Pero viniendo á nuestro ~~propósito~~, en

qué Reyno de España juzgas tú conveniente establezcamos nuestra residencia filosófica? Yo opino por Aragon, respondió mi confidente; allí encontraremos sitios hermosísimos, en donde podremos pasar una vida deliciosa. Está bien, la dixé, sea así; detengámonos en Aragon, consiento en ello: ojalá descubrámos una habitacion que me suministre todos los placeres de que se alimenta mi imaginacion.

